

naldas de flores. También tenían rodelas de flores y cañas perfumadas que fumaban y olían”.

Puede uno imaginar fácilmente los enjambres de moscas que debían arremolinarse en la sala del sacrificio cuando la sangre chorreaba. Mirbeau, que los soñaba ya para su *Jardin des suppliques*, escribía que “en este ambiente de flores y perfumes esto no era repugnante ni terrible”.

La muerte, para los aztecas, no era nada. Les pedían a sus dioses no solamente hacerles recibir la muerte con alegría, sino también que les ayudaran a encontrar en ella encanto y dulzura. Querían mirar las espadas y las flechas como golosinas. Esos guerreros feroces no eran sin embargo más que hombres afables y sociales como todos los demás, a los que les gustaba reunirse para beber y platicar. Era de uso común en los banquetes aztecas embriagarse con alguno de los diversos estupefacientes que usaban corrientemente.

Parece que hubo en este pueblo de extraordinaria valentía un gusto excesivo por la muerte. Se entregó a los españoles con una suerte de locura hipnótica. La victoria de Cortés no se debió a la fuerza, sino más bien a un verdadero embrujamiento. Como si estas gentes hubieran comprendido vagamente que llegados a este grado de feliz violencia la única salida era, para ellos como para las víctimas con las cuales apaciguaban a los dioses retozones, una muerte súbita y terrible.

Ellos mismos quisieron hasta el final servir de “espectáculo” y de “teatro” a esos personajes caprichosos, “servir a su risa”, a su “diversión”. Así, en efecto, concebían su extraña agitación. Extraña y precaria, puesto que murieron tan bruscamente como un insecto que uno aplasta.

## La causa de la democracia post-soviética

Neil Buckley

Neil Buckley realizó estudios de letras rusas y francesas en el University College de la Universidad de Oxford. Trabaja desde 1991 en el *Financial Times*, en donde se ha hecho cargo de muy diversas secciones y tareas, entre ellas la de titular de la oficina



de Moscú, y en la actualidad es el editor para asuntos de Europa oriental. Tomado del *Financial Times* del 19 de agosto de 2011. Nota y traducción de Antonio Saborit.

**P**OCO DESPUÉS DE LAS SEIS DE LA MAÑANA del 19 de agosto de 1991, Vitautas Landsbergis, dirigente pro independentista de Lituania, recibió una llamada telefónica. Un colega le daba nuevas desde Moscú. Hubo un golpe de Estado; Mijaíl Gorbachov estaba bajo arresto domiciliario.

Landsbergis había temido algo así desde el momento en que Lituania se convirtiera en el primer Estado soviético en declararse independiente, sin reconocimiento de Moscú, un año antes. Al rato recibió una llamada del distrito báltico del ejército soviético. “Ahora nosotros tenemos el poder”, dijo la voz.

Pero en poco menos de 48 horas el golpe de Estado se desmoronó; en meses le pasó lo mismo a la Unión Soviética. Landsbergis puso a Lituania en el camino hacia la OTAN y la Unión Europea. Hoy, a los 78 años de edad, Landsbergis ocupa un lugar en el Parlamento europeo. Sin embargo, su idea sobre la transformación de Lituania es realista. “Eso pudo haberse dado antes”, dice Landsbergis, “nada más con que Rusia hubiera logrado construir una democracia europea.”

El comentario de Landsbergis destaca un rasgo notable de los cambios al antiguo bloque oriental. Dos décadas después del fallido golpe de Estado, su legado es mucho más heterogéneo que el de las revoluciones que arrasaron a la Europa oriental comunista dos años antes.

A pesar de desastres como las guerras de Yugoslavia, la mayoría de las economías ex-socialistas fuera de la Unión Soviética en la actualidad son democracias de mercado en operación; siete de ellas están en la Unión Europea.

Las quince repúblicas ex-soviéticas en buena medida han pasado de la planeación central a la economía de mercado. Pero más allá de Lituania y de sus vecinas del Báltico, Latvia y Estonia, la mayoría de los estados ex-soviéticos aún funcionan bajo sistemas autoritarios atravesados por la corrupción. La cortina de hierro pudo haberse desmantelado, pero hoy Europa cuenta con una nueva división —más hacia el oriente, menos definida, más porosa e inestable, pero verdadera— entre las democracias y los países que en realidad nunca lograron salir adelante.

Todos ellos ofrecen lecciones potencialmente importantes para las democracias en ciernes del norte de África, y para la comunidad internacional, en tanto que busca formas para apoyarlas.



Las más recientes clasificaciones de la democracia llevadas a cabo por The Economist Intelligence Unit (EIU) ubica a seis repúblicas ex-soviéticas como regímenes “autoritarios”, con dos de ellos, Uzbekistán y Turkmenistán, ubicados entre los cuatro regímenes más represivos del mundo. Cuatro más, entre ellos Rusia, se consideran regímenes híbridos, con serias debilidades en su cultura política y en su operación gubernamental. Sin embargo todos los antiguos estados soviéticos fuera de la Unión Soviética se encuentran en las categorías más altas de la EIU para las democracias “plenas” o “fallidas” —salvo Albania, uno de los países más pobres hace veinte años y la azotada por la guerra Bosnia-Herzegovina.

“La mayoría de los estados post-soviéticos son estados corruptos que tienen como propósito el permitir que las elites se enriquezcan por medio de la corrupción”, dice Anders Aslund, un economista sueco que asesoró a los gobiernos ruso y ucraniano al principio de la década de los novecientos noventa. “El autoritarismo es el medio para asegurarse de que puedan lograr esto.”

Nikolai Petrov, miembro del grupo de expertos llamado Carnegie Moscow Center, dice que salvo algunas excepciones las antiguas repúblicas soviéticas, aparte de las bálticas, caen en dos grupos. En primer lugar, en los antiguos estados asiáticos soviéticos como Kazajstán y Uzbekistán, los dirigentes de la era soviética han adoptado los viejos métodos para permanecer en el poder. Un segundo grupo tuvo elecciones libres hasta el surgimiento de un dirigente que “sacó a todos los demás”.

Éste es el caso, dice Petrov, de Bielorrusia con Alexander Lukashenko —llamado por Estados Unidos como “el último dictador de Europa”; y en un estilo ligeramente menos represivo, el de Rusia bajo Vladimir Putin, ex-presidente y hoy primer ministro.

Ucrania, también, después de una relativa apertura política tras la Revolución Naranja de 2004, transita en una dirección semejante con el presidente Viktor Yanukóvich, quien derrotará en las elecciones de 2010 a la ex-primer ministra y co-dirigente de la Revolución Naranja, Yulia Timoshenko. En la actualidad ella está sometida a un juicio bajo la acusación cuestionable de haber firmado un acuerdo de suministro de gas con Moscú que resultó económicamente desastroso para Ucrania.

Algunas de las razones por las que los antiguos estados soviéticos han actuado así provienen de la cultura, la historia y la geografía; otras provienen de las diferencias en las formas de la transición poscomunista. La diferencia básica radica en la amplitud del periodo de tiempo que se vivió bajo el comunismo. En la mayoría de las repúblicas de la URSS se trató de siete décadas después de la Revolución de 1917; los países

*“La mayoría de los estados post-soviéticos son estados corruptos que tienen como propósito el permitir que las elites se enriquezcan por medio de la corrupción”, dice Anders Aslund, un economista sueco que asesoró a los gobiernos ruso y ucraniano al principio de la década de los novecientos noventa. “El autoritarismo es el medio para asegurarse de que puedan lograr esto.”*



*“La gente asume que lo único que hay que hacer es colocar las instituciones correctas [para que triunfe la democracia], pero las instituciones sólo funcionan si hay personas con ética que las dirijan.”*

de Europa oriental cayeron bajo el dominio soviético hasta después de la Segunda Guerra Mundial. También la mayoría de las ex-repúblicas soviéticas carecían de una historia como estados naciones independientes, toda vez que habían sido partes del imperio zarista ruso.

Los Estados socialistas de Europa central como Hungría y Polonia conservaron elementos de la empresa y de la propiedad privada, así como rasgos de una sociedad civil independiente. La Iglesia católica polaca ofreció una perspectiva alternativa (para la población) y una brújula moral.

“La influencia de la religión se subestima”, dice Radoslaw Sikorski, ministro polaco del Exterior. “La gente asume que lo único que hay que hacer es colocar las instituciones correctas [para que triunfe la democracia], pero las instituciones sólo funcionan si hay personas con ética que las dirijan.”

No es una coincidencia que los estados del Báltico, anexados por la Unión Soviética apenas en 1940, hayan seguido una ruta más cercana al modelo de Europa central. No se consideraban “repúblicas soviéticas sino países europeos, ansiosos por restaurar la democracia, no por construirla de la nada”, dice Landsbergis.

Gracias a estos factores, Occidente siempre consideró a los estados no-soviéticos como parte de Europa. No sucedió así con la Unión Soviética, dice Olexiy Haran, un politólogo en Kiev: “en el caso de Ucrania nos correspondió a nosotros demostrar que no somos Rusia”. De ahí que Occidente suministrara una gran ayuda, y a toda prisa, para la transición a Europa oriental. Pero, dice Aslund, en parte debido al recelo entre los más altos funcionarios en Washington, no “ayudó a la reforma rusa durante el primer año.”

La Unión Europea abrió rápidamente sus mercados a los vecinos orientales, ofreciendo un destino a las exportaciones que ayudaron a echar a andar sus economías. Para mediados de la década de los novecientos noventa la Unión Europea inició pláticas con muchos de ellos para que se sumaran como miembros, ofreciendo un modelo, una meta e incentivos para la reforma de los que carecían las repúblicas ex-soviéticas.

“Empezamos a hacernos cirugía a nosotros mismos: en nuestras mentes, en nuestros estómagos, en todo a la vez,” bromea Alexander Rondeli de la Fundación Georgiana de Estudios Estratégicos e Internacionales. “Y eso es muy difícil sin un apoyo generoso.”

Para complicar las cosas, añade Aslund, muchos estados ex-soviéticos permanecieron en la zona del rublo hasta 1993. Fuera del control de los jóvenes reformistas que manejaban la economía, el Banco Central de Rusia emitía circulante y



subsidiaba a las compañías estatales. Eso ayudó a alimentar una hiperinflación e hizo imposible la estabilización macroeconómica.

Las reformas también fueron más lentas en las antiguas repúblicas soviéticas que en Europa central, con frecuencia debido a un consenso más débil en favor de ellas. Los empresarios del sector privado y los funcionarios con hambre de rentas hallaron maneras de explotar la situación —y diseñaron con imperfección programas de privatización— para amasar una gran riqueza. Como resultado, una oligarquía emergente de clanes comerciales-políticos logró hacerse del Estado en Rusia y en otras naciones post-soviéticas. Se incrementó la manipulación de las elecciones para conservar el poder de un grupo, o en el mejor de los casos para que el poder pasara de uno a otro.

Yaroslav Romanchuk, un economista disidente que se presentó a la disputada elección presidencial de Bielorrusia en diciembre de 2010, dice que el efecto fue corrosivo. “Cuando la gente se dio cuenta de que bajo el estandarte de la libertad tenemos una degradación moral, una gran desigualdad, ejemplos escandalosos de propiedades robadas por unos cuantos autodenominados políticos y burócratas, claro que dijo: ‘Si esto es la democracia y el capitalismo, no lo queremos’.”

Sin embargo, a pesar de los retrocesos, la causa de la democracia post-soviética no está muerta. Las revoluciones “coloridas” de Georgia, Ucrania y Kirgistán entre 2003 y 2005 ayudaron a inspirar la primavera árabe —la cual podría incluso reverberar en el antiguo imperio soviético. El país que más atención atrae entre la comunidad internacional es Bielorrusia. Al violento ataque sobre la oposición luego de las elecciones siguió una crisis económica a resultas de que Lukashenko aumentara pensiones y salarios a un nivel de insustentabilidad antes de la votación. Se han dado manifestaciones pacíficas. Pero Romanchuk sugiere que Rusia ofrecerá sacarlos del apuro con condiciones —adquiriendo negocios estatales para suministrar efectivo a Minsk, lo que podría ayudar a Lukashenko a aguantar.

Las repúblicas centrales asiáticas, con dirigentes añosos y poblaciones jóvenes, en su mayoría musulmanas, ofrecen el paralelo más fuerte con el Medio Oriente. Pero en la más represiva, Uzbekistán, el islamismo radical se mueve, no obstante los esfuerzos de mano dura del autócrata Islam Karimov por eliminarlo. Hoy, a sus 73 años, podría ser sucedido no por una democracia, sino más bien por la inestabilidad o incluso por un intento islamista por hacerse del poder.



*Sin embargo, Rusia no abandonará los empeños por conservar a las otras repúblicas bajo su poder. Con Bielorrusia y Kazajstán ha formado una unión arancelaria que a partir de 2012 transitará hacia un mercado común —y Putin ha tratado de atraer a Ucrania para que se sume con oferta de gas barato.*

Occidente sigue teniendo esperanza en Ucrania y en Georgia, a pesar de la revocación de la revolución de Ucrania, y las acusaciones de que el presidente georgiano Mijeíl Saakashvili, a pesar de las reformas en favor del mercado y en contra de la corrupción, ha empleado métodos que lindan con el autoritarismo.

Los empeños por encaminar a los dos países rumbo a la OTAN se desvanecieron desde el conflicto de Georgia con Rusia en 2008. Pero se siguen haciendo esfuerzos por integrarlos a ambos de una manera más cercana a la Unión Europea. Polonia impulsa un programa que, a cambio de reformas, le ofrecería a una media docena de países antes soviéticos una suerte de cooperación de la que ella se benefició hace dos décadas.

Como depositaria de la presidencia rotativa de la Unión Europea, Polonia está impulsando con esfuerzos la conclusión de un acuerdo de “asociación” a la Unión Europea y de libre comercio con Kiev. Sin embargo, esto es tema de debate, después del reflujo de las ganancias democráticas de Yanukovich. El ministro polaco del Exterior, Sikorski, dice que el acuerdo sacaría a Ucrania de la órbita rusa. A Georgia se le debe ofrecer la oportunidad de iniciar charlas semejantes en una reunión especial de la Unión Europea y algunos estados ex soviéticos en Varsovia en septiembre de 2011. Si alguno de estos dos países lograra una democracia duradera, convirtiéndose en la primera república post-soviética en lograrlo, fuera de las repúblicas del Báltico, podría ofrecer un modelo poderoso para otros países.

Sin embargo, Rusia no abandonará los empeños por conservar a las otras repúblicas bajo su poder. Con Bielorrusia y Kazajstán ha formado una unión arancelaria que a partir de 2012 transitará hacia un mercado común —y Putin ha tratado de atraer a Ucrania para que se sume con oferta de gas barato.

Otras capitales ex-soviéticas se muestran cautelosas ante el “restablecimiento” de relaciones con Moscú de parte del presidente de Estados Unidos, Barak Obama, y ante la preocupación de Estados Unidos y Europa con sus propios problemas económicos. El efecto, dice Landsbergis de Lituania, es que occidente ha dado, de facto, a los dirigentes de Rusia la “zona de interés privilegiado” que exigieron. Dos décadas después del golpe de Estado de Moscú, eso podría dificultar medidas hacia la democracia durante años.

“Rusia sostiene abiertamente que todos estos países pertenecen a la zona rusa. Pero occidente debe recordar algo,” dice Landsbergis. “En el antiguo caló soviético, ‘zona’ quiere decir cárcel.”

